

sacrificios y holocaustos en la revolución social que ha de dar al plebeyo condiciones materiales de vida tras las condiciones políticas del derecho; sacrificios y holocaustos cuando la revolución social se organiza en tan mudable dictadura del Imperio; sacrificios y holocaustos mostrando que siempre y en todas partes el parto social acompaña el dolor y la sangre. Yo no puedo comprender que haya quien imagine las piedras feudales amontonadas por siglos de siglos, cayéndose á su propia pesadumbre, sin que los terremotos y erupciones de una revolución profunda las agite primero y luego las disperse por tierra. Un soplo no podía extinguir el fuego de la Inquisición; se necesitaba un huracán. El viejo poder absoluto había por tal modo arraigado sus raíces en los abismos, que para extraerlas necesitábase arrastrar con ellas parte de la tierra donde se dilataban y extendían. Mayorazgos y vínculos, amortización y realengos, tasa de los precios, impedimentos á la circulación de los productos, privilegios congénitos á las castas, prestaciones feudales, horca señorial, siervo del terruño; todos estos monstruos y todas estas abominaciones jamás hubieran desaparecido sin estremecimientos como los que produjeron sus maldecidas bases en el suelo de Francia. Tended la vista desde los primeros á los últimos tiempos de la Historia, desde uno á otro polo de nuestro planeta y veréis cómo ninguna fase política y social de verdadera importancia se ha excusado, ni podido excusarse del tributo de terror y de sangre prestable al progreso como al trabajo el sudor y como la pena y los dolores á todos los esfuerzos humanos. Será la lógica real como quieren los metafísicos; será la Providencia divina, como quieren los teólogos; pero existe una histórica ley, á cuyo imperio ninguna edad podrá jamás sustraerse.



CAPITULO TRIGÉSIMO

Los derechos humanos.



El triunfo de la revolución sobre los fuertes y fortaleza de la Bastilla prepara el momento, quizás más divino de la Historia; el momento en que, reunidos los procuradores del pueblo francés en su Asamblea Constituyente, proclaman principios universales, á toda condición del espacio y á toda circunstancia del tiempo superiores. congénitos con el humano espíritu, quien merced á su virtud, se encarna y desarrolla en las libres sociedades modernas, por lo cual recobra el hombre su sér, pues los derechos naturales nacieron al nacer la especie nuestra; y por más que haya hecho la tiranía para escarnecerlos y extinguirlos, durarán lo que dure nuestra vida y nuestra existencia en el planeta. ¡Cuánto han ganado las relaciones humanas desde fines del siglo décimo quinto á fines del siglo décimo-octavo! El descubrimiento de América no se conoce por Europa bien, ó se conoce á medias tras la vuelta de Colón del primer viaje; y la noticia de que ha triunfado la libertad corre como un relámpago por todas las regiones y aviva un espíritu nuevo en todos los pueblos. A la Humanidad interesaba el descubrimiento de América, lo mismo que interesaba el derribo de la Bastilla; pues, en verdad, sin aquel hecho no hubiera sucedido éste, dado el enlace lógico de los hechos sociales en serie y en sistema; pero la sociedad realmente no estaba tan unida, ni tan despierto su espíritu, al salir del feudalismo y entrar en la monarquía, como al salir de la Enciclopedia y entrar en la revolución. Lo mismo la razón humana colectiva que el sentimiento común humano, representado éste por las Letras, y aquella por la

Ciencia, comprendieron y expresaron todo cuanto pasaba en el mundo, presintiendo, según sus inspiraciones proféticas, cuanto debiera prometerse la cristiandad entera de un movimiento creado como el coronado por la ruina de tantas torres del homenaje, á cuyo pie yacían muchedumbres de siervos adscritos al terruño, y sobre cuya cima pataleaban otra multitud, también de siervos colgados en las horcas al capricho y al mandado de sus perversos señores. Alfieri en Italia, en Alemania Fichte y Kan; los renovadores de nuestra sociedad en España, que habían expulsado á los jesuitas y difundido el espíritu moderno por las instituciones y por las leyes; los fundadores de la filosofía germánica con los fundadores de la libertad americana iban preguntando qué sucedía, pues el suelo trepidaba en estremecimientos fecundos bajo sus pies y el aire parecía cargado de una difusión del nuevo pensamiento por todos respirados. Pues pasaba que iba cristalizándose dentro de una sociedad nueva los dogmas del Cristianismo y los teoremas de la filosofía en leyes é instituciones políticas, cual se cristalizaran siglos antes las ideas metafísicas de Grecia en cánones y códigos del derecho civil romano. Así el abstracto Kant, filósofo parecido á cualquier fórmula de Álgebra, y no á un sér viviente; sin generador y sin posteridad, como el Dios semita, si atendemos á la carencia de todo humano afecto en su corazón que sólo al culto de las ideas palpitaba; examinador de religiones y de sistema, á cuyos dominios ponía límites en ejercicios puramente intelectuales, llegó á reanimarse, como aquellos árboles convertidos por la mitología en personas preguntando cuál suceso providencial y misterioso acaecía en la tierra, pues sus nervios de metafísico se habían agitado y encendióse su sangre de cenobita, cual si nueva savia desconocida hubiera entrado en los jugos de su sangre y nuevo espíritu en los senos de su alma. No puede dudarse que todo el hombre se halla en el espíritu, que todo el espíritu se halla en la idea, que toda la idea se concentra en este minuto de la revolución, al cual se caen los fuertes ocupados por los antiguos tiranos; y se alzan los hombres redimidos al nuevo cielo de la libertad, inundado por santísimas y consoladoras esperanzas. El día de la Bastilla es un día del humano Génesis, porque lució un espíritu nuevo; que no era la misma, no, el alma humana, después y antes de haber encarnado en la sociedad de su derecho.

Lo cierto es que, en cuanto la Bastilla cae, la revolución comienza. Los legisladores aguardan á que tal espectro desaparezca para elevar en los horizontes de la moderna historia el luminar de la conciencia libre, cual aguardó Moisés á que la zarza encendida del Hored se consumiese para entregar las tablas de los divinos mandamientos al pueblo de Israel. Lo cierto es que aquellos pensadores, sobre los cuales había caído el dón de las lenguas como sobre los apóstoles en el Cenáculo; aquellos reformistas, cuyos cuerpos se retorcían en el potro de los tormentos y cuyas almas se apagaban en los braseros de la Inquisición, todos ansiosos de proclamar la buena nueva, como indispensable á la inmediata redención universal, y de recorrer los espacios abiertos á su actividad como elave que siente las primeras

plumas en su alas inquietas; aquellos innovadores, inexpertos de las resistencias históricas y anholosas por formular todas las ideas puras, se refrenaron entonces con saludable freno, y no dijeron el nuevo Verbo hasta que rodaron á sus pies las piedras de aquella nefasta Bastilla y con las piedras de aquella nefasta Bastilla los restos de las antiguas castas. El 14 de Julio de 1789 tomaron las fortalezas del terror monárquico las muchedumbres y el 4 de Agosto de 1789 proclamaron sus representantes el decálogo de los derechos humanos. ¡Qué revelación! Los jurisperitos últimos de Roma derivaban el derecho de la voluntad del César; los señores feudales de la Edad Media lo derivaban del espacio, del suelo, donde se extendía la sombra de sus torres y la jurisdicción de su cuchillo; los fundadores de la monarquía absoluta lo derivaban del tiempo, de la tradición que consagrara y robusteciera las instituciones hereditarias y las dinastías reinantes; diciendo cosa tan vaga en el fondo y tan explotada por su ambiguo sentido como que todo poder proviene de Dios: la primera vez que el derecho se declara sobre la Europa monárquica derivación de algo superior á los reyes, á los tiempos, á los espacios, á las clases teocráticas, derivación de la naturaleza humana, es en esa noche del 4 de Agosto, que hombres libres recordarán en lo porvenir con tanto culto como recuerdan ahora los cristianos la noche del Nacimiento de Cristo. Es verdad que á la revolución francesa había precedido la revolución helvética, pero tan ligada con el espíritu de la Edad Media que parecían sus democráticos y republicanos cantones municipios de excepción y de privilegio; es verdad que había precedido la revolución holandesa, pero movióla por tal espíritu religioso que parecía un combate de sectarios entre sí para recabar el triunfo de una creencia y no el movimiento de un pueblo entrando en el seno de su derecho; es verdad que había precedido la revolución británica, pero tan escrupulosa por la legalidad antigua, tan absorta de suyo á los privilegios históricos, tan sagaz para huir de lo pasado sin maldecirlo ni soterrarlo, que parece un litigio de familias reales y no un estallido del humano espíritu; es verdad que había precedido la revolución americana, y que en esta revolución no había formulado ya el derecho natural, pero el apartamiento de aquel gran pueblo y el individualismo propio de la raza sajona hicieron que no tuviese sobre el curso de la vida y los tiempos de la Historia la soberana influencia de la revolución francesa, la cual puede decirse que con sus declaraciones de derechos reveló en una hora solemne los timbres eternos é indelebles de nuestra naturaleza inmortal á todos los tiempos y á todas las generaciones.

Mas tornemos á la narración de los hechos. El Congreso Constituyente pasó en las horas del asalto de la Bastilla supremas angustias, colocado entre Monarca y pueblo, los cuales no se daban aún verdadera cuenta de su mutua hostilidad, pero que ya combatían entre sí, obedeciendo á fuerzas misteriosas. Los vencidos volvían á sus sesiones para dolerse y quejarse del trato que les diera, no el pueblo, según ellos, la canalla de París: y los vencedores juraban por su honra y por su fe haber ido al combate, no por el propio impulso de

liberado y el propio movimiento interior, no, al empuje de grandes traiciones del ejército y de sucias maniobras del Palacio. Colocado el Congreso entre las quejas de unos y otros, no vaciló en atribuir la responsabilidad moral de tanta sangre como allí corriera y de tantos mártires como se sacrificaran allí, á la triste aglomeración de tropas en los alrededores de Versalles y París, donde la soberanía parlamentaria sólo necesitaba para ejercitarse con plenitud, el influjo de su nombre y la virtud de su autoridad que la imponía con verdadero imperio al conjunto del pueblo y le facilitaba el encargo dado á ella por la patria, de dictarle una Constitución. La palabra de Mirabeau fué, durante todas aquellas horas sublimes, la palabra del espíritu público irradiando el éther luminoso de la revolución. «Decid al Rey, exclamaba, que las hordas extranjeras cuyo furor se ha cebado en el pueblo y cuyas avanzadas sitian este Congreso, han recibido con las visitas de príncipes y princesas, de privados y de privadas, así sus exhortaciones como sus presentes; decidle que toda la noche última, esos extraños sayones, henchidos de oro y borrachos de aguardiente, han predicho, entre orgías escandalosas, con infernales cánticos, la recaída del pueblo en su antigua servidumbre y la dispersión de esta nacional Asamblea soberana; decidle que, dentro de su propio palacio, los cortesanos han unido sus bailes y sus músicas indecentes á los gritos de matanza y de reacción como si estuviéramos en vísperas de otro degüello semejante al degüello de los hugonotes la noche de San Bartolomé; decidle que su abuelo Enrique IV, cuya memoria el universo bendice, mandaba víveres al París de entonces asediado por él, y que sus cortesanos retiran los trigos expedidos al París de hoy, hambriento y fiel.» Cuando acababa el orador de pronunciar tales palabras, y una comisión del Congreso iba inmediatamente á salir para comunicársela al Rey, el Rey llega, sin guardas, sin aparato, circuido sólo de sus hermanos, los cuales, al presentarse allí, delataban muy bien como habíanse persuadido al rendimiento y á la derrota, penetrados de que la toma del terrible calabozo de los pueblos había malherido el secular trono de los Reyes. La presencia del pobre Rey calmó los ánimos sobreexcitados por las palabras del gran orador. La ira y la cólera se trocaron en amor y entusiasmo. Luis XVI no hubo necesidad de palabra ninguna benévola para salir del trance; le bastó anunciar que las tropas saldrían de París y Versalles, pero sin decir á donde, para provocar una manifestación entusiasta en favor suyo. Todos los diputados le siguen como corderos, le abrazan como amigos, le proclaman su redentor. Había ido al Congreso enteramente solo y vuelve circuido de inmensa muchedumbre. Parecía un dios del progreso y no un traidor á la libertad. Cualquiera diría que acababa de dar al pueblo su Bastilla cuando habíanla defendido los mantenedores del antiguo régimen á su nombre y por su encargo. Pero el Rey cedía siempre que la revolución tronaba, y erguíase, arrepentido de sus concesiones, en cuanto la revolución cedía ó amainaba. El optimismo, connatural á los buenos, guiaba los actos de aquellos procuradores del pueblo francés, todos purificados por la profesión

de una idea, pues nada purifica tanto nuestro sér como la fe seguida de la esperanza y en cuanto el Rey se presentaba, este optimismo creía en la posibilidad completa de hacer la revolución sin estremecimientos y sin discordias. Aquellos conspiradores maldecidos por la palabra fulminante del tribuno fueron perdonados por la bondad del Congreso. No solamente aplaudieron diputados y muchedumbres al Rey; la Reina salió al balcón rodeada de sus hijos y de los hijos del más petulante y del más gárrulo entre todos los conspiradores, el conde imbécil de Artois; y los circunstantes, los diputados y las muchedumbres, deseosos de sentir buenas emociones, todos á una levantaron su voz en un estallido de verdadero delirio.

Tamaña crisis agravábase con el hambre. La naturaleza parecía empeñada en espolpear y aguijonear á todos con las punzadas del más acerbo dolor. Y sobre tal calamidad veíanse los microbios del préstamo, de la usura, del mercado continuo, del malestar profundo y universal. Corría de boca en boca una muy asesina frase pronunciada por el borbónico Foulon, engendro de la impia frialdad del prestamista sin entrañas. «Si el pueblo, decía, no tiene pan, que coma hierba. Cuando yo sea ministro, les daré á comer paja; mis caballos la comen.» Frases así condensan enemistades más terribles que los mayores vejámenes. Así el deslenguado Foulon y su yerno Bertier contaban tantos enemigos personales como revolucionarios exaltados había en París. Desde los comienzos de las elecciones hasta el día de la Bastilla estaban ellos y el pueblo en lucha sorda; cuando el combate se patentizase y la victoria se inclinase por unos ó por otros, no cabía esperanza en el vencido, porque no cabía piedad en el vencedor. Al reunir el Rey sus tropas en torno de París y Versalles, los reaccionarios como Foulon y Bertier señalaban ya las víctimas humanas que debían inmolar en los altares de su triunfo. Una guerra es odio contra odio en último término. El pueblo también quería vengarse y contaba de antemano con ruidosos desquites. Para los reaccionarios dudar del triunfo era insensatez manifiesta. Una muchedumbre sin organización debía romperse contra la organización de un ejército y contra la fortaleza de una Bastilla. Bertier ejercía cargo tan distinguido como el cargo de intendente y hacia el 13 de Julio, hacia la víspera del combate, se frotaba las manos de gusto y decía en las tertulias palaciegas ante Luis XVI cómo las tropas mercenarias aplastarían al pueblo, á la manera y modo que la suela de una bota puede aplastar el cuerpo de un escarabajo. ¡Cuál pánico debió sobrecogerle viendo lo inverosímil, es á saber, cómo el pueblo desorganizado había rendido la Bastilla y puesto en ataxia ó en parálisis el brazo de la tropa! Los así engañados y sorprendidos por no aguardables desengaños huyeron, y comenzaron aquella plaga de la emigración, que creyera no tener obligaciones con la patria, porque se había desarraigado de la patria y tornaba contra su propia madre las armas extranjeras. Bertier se fué al Norte; mas cuatro malos días, seguidos de cuatro malas noches sin adelantar un paso, le constriñeron al temerario propósito de volver hacia París, desan-